

El perfume de sus inflorescencias blancas, esparciéndose en oleadas por el camino blanco, sobre el cual iba flotando como por la superficie de un río tranquilo la música dulce de aquel acordeón, levantó en mi memoria un recuerdo que hacía tiempos dormía.

¡Ah! sí; el perfume del tuete me hacía recordar la gran sala sombría de la casa de Pilarcilla; la mesa con su urna de cristal bajo la cual se guardaba *el Paso* y los vasos adornados con las flores del *tуетe* que yo en haldadas recogía para ella, porque era su flor predilecta.

¡La humilde historia de Pilarcilla!

La recordé mientras regresábamos lentamente por el camino desierto, envuelto en la dulce y humilde música del acordeón, que se confundía con el perfume de la flor silvestre y adornaba las cercas, y que se alejaba entre la tranquilidad de los campos, bajo la caricia de las estrellas. Pensé con infinita tristeza que aquellas mismas estrellas que brillaban sobre el camino blanco, hacían caer sus guedejas de luz sobre el cementerio donde descansa Pilarcilla.

Frente á mí tenía en aquel momento el pequeño caserío en el cual lo único que alegra la vista es su gorguera de montañas azulitas. Después, todo en él es triste: la plaza desnuda de árboles, la iglesia pesada y ruinoso, las casuchas bajas y sucias. Frente á una esquina de la plaza, queda el caserón donde vivió Pilarcilla. Tiene aspecto de cárcel, con sus gruesas paredes, sus pequeñas ventanas voladizas provistas de barrotes de hierro. Sobre el tejado crecen las siemprevivas y los helechos.

\* \* \*

En el tiempo en que yo viví allí, la única ventana que no tenía los vidrios empolvados y sucios, era la que estaba junto á la esquina. A través de ellos, por entre los barrotes, me parece ver el rostro demacrado de Pilarcilla, mirando con sus ojos oscuros, llenos de mansedumbre, lo que pasaba afuera. Y se destaca más preciso en mi re-

cuerdo, como lo viera en los días de lluvia, cuando las montañas estaban ocultas por la niebla y el pueblecillo parecía más triste y feo.

Pobre muchacha! Entonces los músculos de su rostro pecoso se ponían flácidos, y aquella faz tomaba el aire del abandono completo, del desconsuelo sin un vislumbre de esperanza. Hacía pensar en una tumba olvidada en el rincón de un cementerio.

Éra triste aquel rostro. Lo tengo ante mí: pálido, alargado y enjuto, con una palidez de cera vieja, pecoso, la nariz grande, acaballada, que hacía casi ridícula la cara enflaquecida, y los ojos oscurosabriéndose bajo la frente pequeña, tenían una mirada de perro manso.

Fue en la mañana de un sábado el día en que Pilar me hizo sus confidencias. Pienso dulcemente que el cariño con que la traté fue como un regazo que encontró su corazón en la soledad de su vida. Abrió su alma de par en par para que yo pudiera ver la amargura inmensa que había en ella. Pero yo entonces era una chiquilla y no supe consolarla!

Éra en la sala espaciosa llena de muebles antiguos y pesados. El gran reloj encerrado en su larga caja de madera negra, dejaba caer como si fueran de plomo los instantes en el mar del tiempo ido. Junto á la ventana se encontraba en una silla la figura escuálida de Pilarcilla. En la mesa ardía una lámpara de aceite que esparcía su luz indecisa y pálida. La flor del tuete que llenaba los vasos, hacía flotar su perfume por la habitación.

Pilar había dejado sobre sus rodillas la labor que hacía en cañamazo y miraba hacia afuera con aire de ensueño. Yo me acerqué. Bordaba flores y pájaros fantásticos, pobres en formas y colores, parecidos quizá á los pájaros y flores que poblaban su imaginación de desalentada.

Ahora adivino con precisión aquella alma que comó una jaula de la que hubiera huído el pájaro de la esperanza, yacía en cualquier rincón de la ruinoso casa de su cuerpo.